



CIFUENTES SCHNIEPER, Juan. "Muestras de literatura tradicional de las provincias de España". *Culturas Populares. Revista Electrónica* 4 (enero-junio 2007), 23pp.

<http://www.culturaspopulares.org/textos4/archivo/cifuentes.pdf>

ISSN: 1886-5623

MUESTRAS DE LITERATURA TRADICIONAL DE LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA

JUAN CIFUENTES SCHNIEPER

PROSA

LEYENDAS URBANAS

Algunas de estas leyendas las he recogido en lugares próximos a mi barrio, y otras las llevo oyendo desde que soy pequeño, relatadas por gente de mi familia y amigos míos. Forman parte de la cultura de la ciudad, y hay gente que cree tanto en ellas que actúa de acuerdo a poder evitarlas como sea.

EL NIÑO DEL HELADO

Cuenta la leyenda que muchos años atrás, durante los primeros años después de la apertura del Colegio Público Ciudad del Aire, un niño pequeño quedó encerrado al terminar las clases, sin poder salir al exterior de ningún modo. El niño se había quedado dormido en el baño y no había oído la sirena que marcaba el fin de las clases, y no tenía forma de contactar con el exterior. De modo que estuvo rondando en la oscuridad de las aulas y los pasillos durante horas, hasta que encontró un pequeño montacargas que subía y bajaba alimentos de la despensa a las cocinas. Llevado por la curiosidad, el niño entró en el elevador para acceder a las despensas, que nunca había visto, y así distraerse mientras esperaba al amanecer. Subió al almacén, que estaba lleno de alimentos y bebidas, y eligió un tarro de helado de fresa para comer. Sin embargo, al montar de nuevo en el montacargas, éste se atrancó al comenzar a descender. El niño, sin dejar de comer helado debido a los nervios, se puso a apretar botones para intentar hacer que la máquina funcionase, y en ese momento justo el cable del montacargas se rompió, precipitando la cabina con el niño dentro al vacío.

Cuando al día siguiente las secretarías abrieron el colegio y miraron en el montacargas, se pusieron a gritar de puro pánico al descubrir al pobre chico. No había forma de distinguir entre el helado de fresa y la cara de horror del niño.

Cuentan que a partir de ese momento, el niño ronda por las aulas del colegio cuando este cierra, buscando incesantemente el helado de fresa que jamás llegó a terminarse.

C. R. D., 47
Lugo (Galicia)

EL DUENDECILLO DEL RÍO

Existe un pequeño ser, un habitante del río Bernesga, en León, que llegó a ese lugar muchos años atrás, atraído por la abundante pesca que había en aquellas aguas. Nadie advirtió su presencia hasta que poco a poco los habitantes de León se fueron dando cuenta de que cada vez había menos peces en su querido río, de modo que iniciaron una búsqueda, para encontrar el causante. Entonces encontraron la pequeña madriguera del duendecillo, que en aquel momento no se encontraba, y la destruyeron. El pequeño ser, al volver a su casa y verla en ruinas, montó en cólera y juró vengarse de aquellos hombres avariciosos que sólo querían el pescado para ellos. Y cuenta la leyenda que el último día de cada mes, el duendecillo se pasea por las calles de León; y que es prudente no comer pescado ese día, pues en cuanto el pequeño ser descubre olor a pescado en una casa, entra y acaba con la vida de los habitantes, en venganza por lo que le hicieron a su hogar. Dicen que los rostros de los que mueren a manos del duendecillo muestran el más horrible de los pánicos que se pueden ver en una cara.

V. Á. L., 78
León (Castilla y León)

EL RÍO DE VEGACERVERA

Dicen que en un riachuelo que pasa por Vegacervera (León), apareció un día un pez tan grande, tan agresivo y tan endemoniadamente horrible de cara que nadie se atrevió a pescarlo por el miedo que daba siquiera aproximarse a las caudalosas aguas. El problema era que ese extraño pez se alimentaba de los demás peces pequeños que nadaban por aquel río, y la pesca fue disminuyendo poco a poco. El alcalde ofreció una gran suma de dinero a quien capturase ese molesto animal, pero nadie se atrevió. Hasta que un intrépido joven, demostrando según la opinión pública más insensatez que valor, dijo estar destinado a terminar con aquel pez, de modo que, armado únicamente con un largo cuchillo (pues se sabía que aquel pez era tan fuerte que arrastraba las cañas que intentaban pescarlo), se adentró en el río un día de tormenta, y buceó buscando al monstruo.

Lo encontró al cabo de unos minutos. Era un animal horrible, largo y delgado como una barracuda, veloz como una anguila y fuerte y fiero como un tiburón. Pero el joven no se asustó, y, empuñando su arma, se enfrentó a aquel ser lleno de dientes.

Los dos contrincantes lucharon a muerte con una rabia terrible. Las aguas se agitaban, y por todas partes emergía sangre, tanto del pez debido a las puñaladas del joven como a éste mismo debido a las fuertes mordeduras del animal. Pero ninguno de los dos quería rendirse. Estaban ansiosos por demostrar con orgullo quién de los dos era más fuerte. Por lo que continuaron luchando hasta que la corriente, debido a la tormenta, se endureció y los arrastró hasta que se perdieron de vista, siempre sin dejar de batallar.

Y cuenta la leyenda que en los días lluviosos y tormentosos, es de gente prudente no aproximarse al río, pues se dice que las aguas comienzan a agitarse y que bajo ellas pueden verse a un joven con la piel y el cabello podridos, luchando ferozmente contra el pez más grande y más feroz que hayan visto los ríos de España, siempre intentando ver quién es el más fuerte.

L. A., 67

Vegacervera (Castilla y León)

LA NIÑA

Esta historia me la contó mi madre, cuando yo no era más que un niño. Me la contaba a la luz de la chimenea de nuestra casa, mientras ella comía empanadas de carne una tras otra. Me contaba que la había impactado tanto que durante un tiempo había temido salir de casa por miedo a que lo que le sucedió volviese a repetirse.

Cuando mi madre era una jovencuela en busca de casa nueva para alejarse de mis abuelos, encontró un anuncio en un periódico sobre una casa de alquiler a precio modesto que estaba disponible en pocos días. Mi madre fue derecha a ver si podía conseguirla.

Cuando llamó le abrió una niña de unos 13 años, morena, con ojos grises y muy pálida de rostro, como si no hubiese visto la luz del sol en muchos años, tosiendo de vez en cuando como si estuviese resfriada. Recibió a mi madre presentándose como Elvira, y le enseñó la casa, que aunque en el anuncio decía que era muy moderna, estaba llena de polvo y algunas zonas del baño tenían moho. Elvira también la avisó de que si mi madre decidía quedarse con la casa, le era conveniente dormir con las ventanas cerradas y abundantes mantas, porque por la noche hacía un frío que congelaba los huesos.

Al final, la niña dijo que tenía que salir, que mi madre podía quedarse un rato más contemplando el balcón, y abandonó la casa. Mi madre sólo estuvo unos minutos, asegurándose

de que era un buen sitio donde vivir mientras terminaba sus estudios en la universidad, y se dispuso a salir.

Pero antes de llegar a la puerta, esta se abrió, y un matrimonio bien vestido entró. Se quedaron atónitos al descubrir a mi madre en la casa, y ésta intuyó que debían ser los padres de Elvira. Les contó que su hija le había dejado entrar y le había mostrado la casa. La pareja, casi más pálidos y serios que Elvira, se quedaron completamente paralizados y desconcertados. Le preguntaron de nuevo, y mi madre les volvió a decir que su hija de 13 años le había dejado entrar, y que luego había salido. La madre se puso a negar con la cabeza y a decir que era imposible, mientras su marido la agarraba por los hombros y respiraba agitadamente.

Cuando mi madre preguntó qué era lo que pasaba, ellos le dijeron, con voz de ultratumba, que Elvira, su hija Elvira, había muerto un año atrás. Le dijeron que una terrible pulmonía se la había llevado, y que sus padres la habían enterrado en el cementerio a las afueras de la ciudad. Mi madre, poco a poco, se puso histérica al recordar lo que la niña le había dicho sobre el frío, y en lo pálida y triste que estaba, y huyó corriendo del lugar.

Cuando yo era pequeño, mi madre me mostró desde la calle la casa donde le había sucedido aquello. Ahora está tapiada, y todas las ventanas cegadas. Cuenta mi madre que cuando pasa delante de aquella casa, sea la hora que sea, puede oír la tos de una niña tras las ventanas tapadas con maderos.

A. R. A., 89
León (Castilla y León)

LA FOTO

Una señora de Sevilla llamó un día a un especialista en sucesos paranormales, explicándole que estaba aterrorizada por los extraños sucesos que estaban ocurriendo en su casa. El especialista se dirigió allí enseguida y escuchó a la señora, que le contó que los muebles se movían, los aparatos eléctricos se ponían en funcionamiento imprevisiblemente, y toda la casa olía a humo aunque la ambientase de todas las maneras posibles. El especialista hizo un montón de fotos, de todas las habitaciones de la casa y todas y en todos los lugares posibles. Más tarde, reveló las fotos en su casa y las revisó una por una, descubriendo algo extraño en una de ellas. Al principio creyó que se trataba de una mancha en el objetivo o un foco de luz, pero al observarla con mayor detenimiento, descubrió que se trataba de un rostro, un rostro humano fotografiado con todo detalle, flotando en mitad del salón. El especialista le preguntó entonces a la señora si algún pariente suyo había muerto recientemente, y ella le contestó que su padre, un mes atrás, de cáncer de pulmón. Le mostró una foto, y el especialista vio, ante el aturdimiento de la señora, que el hombre que había fotografiado en su casa era su padre. El especialista le preguntó a la señora si fumaba, y ella le dijo que había empezado poco tiempo atrás, que sólo cuando salía. El especialista le recomendó que dejase de fumar. Ella lo hizo, y al poco tiempo la casa volvió a la normalidad, y el olor a humo desapareció.

El fantasma del padre estaba intentando por todos los medios evitar que su hija cometiese el mismo error que él.

J. A. R., 22
Algeciras (Andalucía)

RELATOS DE TERROR

Cuentos de miedo que me contaban en los campamentos y en las salidas al campo con mis amigos, con el objetivo de atemorizar y que los que lo oyesen pasasen la noche en vela temerosos de que los monstruos o malos de los cuentos apareciesen. Muchos de ellos son más leyendas urbanas que otra cosa, pero las clasifico aquí para dejar constancia del miedo que me daban algunas.

EL ARRANCACORAZONES

Hace mucho tiempo, en la Sierra de Guadarrama, tres amigos decidieron hacer una escalada al monte más alto de todos en invierno, y permanecer en la cumbre durante todo el día. Se prepararon con todo el material necesario, e iniciaron su viaje desde un pequeño pueblo en la falda de la montaña. Allí, curiosamente, no escucharon más que advertencias de que no debían caminar de noche, ya que a esa hora era cuando Soti salía a cazar. Cuando preguntaban quién era Soti, los habitantes se encerraban en sus casas y se negaban a responder.

Los tres compañeros iniciaron su viaje a la cumbre, pero enseguida notaron que comenzaba a nevar de forma extraña, tan abundantemente que inmediatamente se encontraron con la nieve a la altura de sus rodillas. También surgió una espesa niebla venida de ninguna parte que les impedía ver por donde andaban, por lo que decidieron atarse una cuerda alrededor de las cinturas para no separarse unos de otros.

Caminaron durante horas, hasta que la niebla se hizo tan espesa que tuvieron que admitir que se habían perdido, y decidieron para acampar. Sin embargo, en aquel preciso momento se escuchó un escalofriante alarido que resonó por toda la montaña. El joven que iba en el centro notó que la cuerda que lo unía al amigo que tenía detrás caía al suelo inerte, y al recogerla, descubrió que había sido cortada y que no había ni rastro de su amigo.

Los dos lo buscaron incesantemente un buen rato, hasta que el que iba primero escuchó de nuevo aquel horrible alarido que hizo ecos a su alrededor, y comprobó minutos más tarde, al ver que la cuerda que le unía a su amigo yacía en el suelo, que se había quedado completamente sólo.

Asustado, perdido y desesperanzado, el joven continuó su marcha, sin comida y sin tienda de campaña. Hasta que de pronto escuchó un incesante ruido de percusión, como si alguien estuviese tocando tambores. Siguió aquel sonido con la esperanza de encontrarse con alguien, y vio a lo lejos una cabaña de madera, parecida a la de cualquier guardabosque. Se dirigió corriendo hacia allí, rogando encontrar algo de ayuda, y entró sin llamar.

Lo que descubrió dentro lo llenó de terror. Había miles de cuchillos y armas punzantes y cortantes colgadas del techo y de las paredes. Además de estanterías con tarros llenos de extraños líquidos y otros objetos. Pero lo que más pánico le dio fue que en una mesa colocada en el centro se encontraban los causantes de aquel sonido de percusión que había seguido.

Eran dos corazones latiendo sin parar.

El chico se quedó paralizado por el pánico, y perdió el aliento que le quedaba al ver debajo de la mesa dos pares de botas de nieve. Las botas de sus amigos desaparecidos.

Fue entonces cuando escuchó una respiración a su espalda. Se volvió justo para ver una monstruosa figura abalanzarse sobre él. Lo último que vio antes de que su corazón le fuese

arrancado del pecho fueron dos ojos, rojos como el fuego, que lo miraban con odio y ansia de sangre.

LA NIÑERA

Una joven que buscaba trabajo encontró en el periódico un anuncio que decía: "Se necesita niñera para limpiar casa y alimentar a bebé." Inmediatamente contactó con los padres y fue corriendo a la casa, dispuesta a todo, además de que le encantaban los niños. La recibió un matrimonio elegante aunque extremadamente serio, y la hicieron pasar al salón. La casa era casi una mansión, espaciosa, amueblada de forma costosa y con numerosos cuadros de gente al parecer importante.

Los señores de la casa pusieron a la joven a limpiar, prometiéndole un salario abundante y fines de semana libres. La niña preguntó a qué horas debía darle de comer al bebé y cuidarlo, pero los padres le dijeron que no se preocupase, que el bebé estaba durmiendo y que todavía no tenía que alimentarlo. La joven entonces pasó todo el día limpiando, barriendo, fregando y puliendo todo el piso inferior de la mansión, pues los señores le habían dicho que por el momento no debía subir al piso de arriba. La joven terminó su tarea, cobró su sueldo y se marchó un tanto extrañada.

Al día siguiente volvió dispuesta a cuidar del niño, pero el matrimonio volvió a decirle que por el momento no se preocupase por el niño, que estaba durmiendo, y que por favor se aplicase en el piso superior. La joven, llena de curiosidad pero indiferente en lo referente a sus labores, limpió durante todo el día el piso de arriba, lleno de despachos, bibliotecas atestadas de libros, y alcobas casi pertenecientes a siglos pasados por el lujo de que disponían. Sin embargo, mientras trabajaba, no pudo dejar de notar una puerta que permanecía cerrada con llave, y tras la cual se escuchaban unos ruidos extraños, unos gruñidos, pero la joven, aunque nerviosa, supuso que vendrían de algún sabueso de la familia cuyos dueños no deseaban dejar libre. Se marchó aquella noche agotada y algo cansada de no poder ver al bebé.

Al día siguiente volvió, aunque ya resignada a seguir limpiando. Pero cuando llegó, el matrimonio se le acercó de forma misteriosa y le confesaron que el bebé ya se había despertado, que debía subir a darle de comer, y le entregaron las llaves de la puerta que el día anterior estaba cerrada. La joven, confundida pero aliviada de poder por fin cuidar al niño, preparó una papilla y un biberón tibio, y subió al piso superior. Se dirigió a la puerta cerrada, la abrió con la llave, y entró.

Se encontró con un largo pasillo, enmoquetado de rojo, con varias puertas y ventanas cegadas a los lados, y una puerta pintada de rojo también justo al fondo, de la cual podía oírse un llanto de bebé. La joven, temblando por el lugar donde se encontraba, se dirigió a la puerta del fondo, y la abrió con las manos temblándole.

Entró en una amplia habitación, decorada con muebles sencillos y pintada de blanco, con una gran multitud de peluches adornando las estanterías. Curiosamente, todas las persianas estaban bajadas. Y, exactamente en el centro del cuarto, había una cuna, con un bulto tapado con sábanas dentro. La joven, aunque seguía nerviosa, entró encantada y se dirigió hacia la cuna susurrando palabras cariñosas. Llegó a su lado, dejó la comida en el suelo, y, agarrando la sábana, la quitó para ver al bebé.

Un estridente alarido de horror recorrió toda la casa.

Al día siguiente, podía leerse en el periódico el siguiente anuncio: "Se necesita niñera para limpiar casa y alimentar a bebé."

CUENTOS

La mayoría de estos cuentos me los contó mi padre cuando yo era pequeño, cuando estaba en cama tarde por la noche y no tenía ni pizca de sueño. Él me los contaba y me decía que se los había contado su padre y su abuelo cuando él era pequeño, aunque muchos no eran propios de su tierra sino que el abuelo los había escuchado en sus múltiples viajes fuera de España.

LA VUELTA DE UN HIJO PRÓDIGO

Hace muchos años, vivía en Japón un muchacho tenía tan mala conducta y llenó su apellido de tanta deshonra, que a pesar de de quererle mucho sus padres, otros parientes los convencieron de que su deber era desheredarlo. Los padres del muchacho decidieron, según las costumbres del país, celebrar un consejo de familia para formalizar semejante resolución.

Llegó a oídos del chico este propósito, y hablando de ello en tono de burla con sus compañeros, que eran tan perversos como él, afirmó que se presentaría en la reunión como un salteador y antes de que pudieran acordar nada sus parientes, él exigiría una importante suma de dinero si querían librarse de él.

Por la noche, se encaminó a su casa; y vio por el ojo de la cerradura a todos sus parientes sentados alrededor de una mesa y dispuestos a firmar el documento por el cual se le desheredaba. El papel iba pasando de mano en mano, hasta que al llegar a las del padre, éste, con lágrimas en los ojos, titubeó un momento.

-¿Y si mi hijo -exclamó vacilante- fuera capaz de enmendarse?

-¡Oh, sí! -agregó la madre-. Dejemos pasar algún tiempo... tal vez reflexione.

Los parientes insistieron para que los padres firmaran el documento, pero estos, llorando desconsolados, apelaron otra vez al argumento de la posible regeneración de su hijo.

Tal disposición de ánimo causó un profundo disgusto a los parientes; pero la resistencia de los padres a estampar su firma llegó tan hondo al corazón de su hijo, que entró de repente en la habitación y cayó de rodillas ante sus padres, cuyo perdón imploró y obtuvo, y desde aquel momento abandonó sus malas costumbres y cambió de compañeros, solamente para hacer felices a sus padres, que lo querían sin ninguna condición.

J. C. Á., 50
Oviedo (Asturias)

EL PROPIO ESFUERZO

Una hermosa mañana de primavera, un chico contemplaba desde un puente, con aire, afligido, el paso de unos pescadores que regresaban del río con los cestos llenos de pescado.

-¿Cuántos peces lleváis? -le preguntó a uno.

-Cuarenta y ocho -le contestó el pescador.

-¡Si fueran míos sería feliz! -exclamó el muchacho-, porque podría venderlos para obtener comida.

Un viejo pescador, que aún permanecía pescando, oyó al joven y le dijo:

-¿Sabes qué? Yo te voy a dar otros tantos e igual de buenos, si quieres hacerme un pequeño favor.

-¿Cuál?

-Tan sólo sostenme la caña dentro del agua mientras voy a hacer un recado que me llevará muy poco tiempo.

El chico aceptó encantado y se instaló en el lugar del viejo. Al poco rato comenzó a impacientarse, calculando que el pescador tardaba más de lo necesario. De pronto se puso de buen humor al ver que los peces picaban, y cuando el pescador volvió ya había sacado muchos más de lo que había calculado.

El viejo le miró lo miró sonriente, y viendo que en el cesto había tantos pescados como el muchacho había codiciado, se los dio y le dijo:

-Cumpló mi promesa, aquí los tienes. Pero ahora sólo me queda decirte una cosa: cuando veas a otros conseguir con su esfuerzo lo que tú necesitas, no malgastes el tiempo en vanos deseos ni en inútiles lamentaciones: iecha el anzuelo con tus propias manos y consigue lo que te propones!

J. C. Á., 50
Oviedo (Asturias)

LOS GNOMOS Y LA MINA DE ORO

Hace muchos años, una horda de bárbaros salvajes y feroces invadió el país de Suecia. Saqueaban las aldeas, las incendiaban y destruían y mataban a los habitantes, que huían despavoridos ante los invasores. Las fuerzas del país eran impotentes para tratar de oponérseles. El rey, temeroso de que le arrebatasen a su bella hija, la princesa Edelina, antes de entrar en batalla con los invasores hizo excavar una gran caverna en medio de una selva solitaria y, después de dejar allí abundante provisión de alimentos y antorchas, escondió en ella a la atemorizada princesa Edelina.

Nadie tuvo noticia de su paradero, sino su prometido, el joven conde Svend, quien la acompañó al lugar secreto y cerró su entrada oculta, no sin haberle prometido ir en su busca tan pronto como se ganara la terrible batalla. Por desgracia, sucedió lo inesperado: se perdió el combate; los bárbaros dieron muerte al rey a sus soldados, devastaron todo el país y asesinaron a sus habitantes. El conde, herido, fue conducido por dos fieles servidores a una ciudad de Noruega, donde tardó mucho tiempo en curarse. Entretanto, la princesa Edelina, viendo, triste y desolada, cómo la puerta de la caverna permanecía cerrada sin que nadie fuese a abrirla, y que la provisión de antorchas y alimentos tocaba a su fin, decidió construir con sus propias manos un camino de salida. Pero, en vez de cavar en la debida dirección, lo hacía en la contraria, y de esta suerte abrió un pasadizo que terminó en otra caverna.

Encendiendo la última antorcha entró en aquel antro, donde vio un paso estrecho que la condujo a una vasta llanura subterránea por la que corría un caudaloso río. En el fondo de la caverna ardía un gran horno, alrededor del cual un enjambre de feos gnomos se afanaba a excavar y a fundir oro.

-¡Matadla! ¡Matadla! Ha descubierto nuestra mina -gritaron irritados al ver aparecer de pronto a la joven.

-¡No! -dijo el rey de aquel furioso grupo-. Es mejor retenerla. Sabéis que acabamos de perder la rana traída del bosque, y necesitamos otro profeta del tiempo para anunciarnos las lluvias que pueden inundar nuestra mina. Estoy seguro de que ésta lo hará. Mirad.

Y tocando a Edelina con una especie de varita mágica, la convirtió en rana. Trajeron después un vaso de cristal que llenaron de agua. Metieron en él a Edelina, juntamente con una escalerita que llegaba hasta la boca del vaso.

-Ahora sabremos cuándo vendrán las lluvias -añadió el rey de los gnomos-. La señorita rana nos anunciará el buen tiempo subiendo al último peldaño de la escalera; y, cuando baje al fondo del vaso, indicará la venida de un temporal.

De esta manera Edelina quedó transformada en barómetro para los gnomos, desempeñando muy bien su oficio. Sucedió, sin embargo, que una vez, cuando se puso a llover a torrentes sobre la tierra, Edelina bajó al fondo del vaso y, sin saber por qué, permaneció allí agazapada varios días. Al verla, pensaron los gnomos que se comportaba de aquella manera por causa de la tristeza que le producía haber sido convertida de princesa en rana; pero cuando un día, de pronto, la lluvia inundó la tierra y crecieron las aguas del río subterráneo hasta apagar el horno y anegar la mina, los gnomos se arrepintieron de no haber creído a su indicador y se dispusieron a huir de aquel lugar.

No quedaba en él ni un palmo de terreno seco. Treparon por el corredor abierto por la princesa y llegaron a la caverna, pero, al hallarla demasiado pequeña abrieron un camino hacia la selva. Colocaron el vaso con Edelina dentro sobre unas angarillas y dos de ellos lo transportaron por la selva oscura.

Al mismo tiempo se acercaba a la caverna el valiente conde Svend. En cuanto los gnomos lo divisaron, dejaron caer el vaso y escaparon corriendo. Edelina salió de su prisión y de un salto se colocó sobre un hombro de Svend.

-Algo extraño sucede -pensó el conde tomando la rana con cuidado.

Entró en la caverna y buscó a la princesa inútilmente.

La rareza de la rana, que seguía en su hombro y le miraba dulcemente, le había maravillado, y en el momento de darle un beso, quedó el animal convertido en la princesa Edelina.

Después de haber derrotado a los bárbaros, Svend se casó con Edelina y fue rey de Suecia. Encontró en la mina de los gnomos oro suficiente para reedificar las ciudades y pueblos destruidos por el enemigo. De este modo, la aventura de Edelina tuvo un final afortunado, y el pueblo de Suecia vivió feliz por siempre.

J. C. Á., 50
Oviedo (Asturias)

LA CRUZ DEL SUR

La Cruz del Sur, también llamada Crucero, es una de las más bellas constelaciones del cielo austral; es decir, de la parte del firmamento que ven los habitantes del hemisferio Sur de la Tierra. Su esplendor debió impresionar, sin duda, a los primitivos habitantes del suelo americano, quienes la utilizaron como guía en sus viajes.

Los indios mocovíes, que la denominaron *amaric* (avestruz) tienen acerca de su origen una hermosa leyenda que dice así:

Hubo, hace muchos años, un cacique mocoví, considerado el más grande cazador del Chaco; ningún animal escapaba a sus certeras flechas, y su agilidad y destreza en el uso de las boleadoras eran tales que le permitían cazar, sin el menor esfuerzo, cuanto deseaba. Las boleadoras están compuestas de dos o tres piezas redondas, forradas de cuero y sujetas fuertemente a una soga. Cuando se arrojan al pescuezo de un animal, las bolas, al arrollarse, detienen a la presa.

Una tarde que había salido a cazar acompañado por su hijo, a quien adiestraba en el manejo de las armas y en las mil astucias de que ha de valerse el cazador para poder apoderarse de sus presas, divisó un hermoso avestruz, el más grande que había contemplado hasta entonces en sus múltiples cacerías.

Sin pérdida de tiempo se lanzó en su persecución, diciendo a su hijo que le esperase en aquel mismo sitio, pues no tardaría en volver, y estaría ausente solamente el tiempo necesario para dar caza a aquel gigantesco *amanic*. Pero por más empeño que puso en bolearlo, el animal se le escurría siempre cuando más seguro estaba de apresarle. Parecía cosa de brujería.

Herido en su amor propio de cazador jamás burlado por ningún animal, el caicque reanudó la tenaz persecución, alejándose cada vez más del lugar donde su hijo lo esperaba, ansioso de festejar su victoria, y ante quien no quería regresar con las manos vacías, para no perder, sin duda, la admiración filial.

El *amanic* huía raudo y luego, en son de desafío, se detenía como esperándolo, para arrancar en veloz carrera tan pronto la proximidad del cazador ponía en peligro su vida. Otras veces, con rápidos quiebros, salvaba el peligro de un certero tiro de boleadoras.

Así anduvieron largo tiempo; uno huyendo velozmente, el otro persiguiéndolo con tenacidad, hasta que llegaron al horizonte -allí terminaba para el mocoví la Tierra- donde, ante los atónitos ojos del cazador, que ya creía tener segura a su presa, el *amanic*, en lugar de dejarse cazar o de precipitarse al vacío, de un poderoso salto ascendió al firmamento, donde se detuvo fuera del alcance de su perseguidor.

El indio, que no quiso aceptar aquel fracaso, impropio de su condición y fama de cazador infalible, permaneció allí esperando a que bajara, y en esta espera, de cientos de miles de años, halló la muerte.

El *amanic*, en cambio, se convirtió en esa constelación de radiante esplendor conocida con el nombre de Cruz del Sur.

J. C. Á., 50
Oviedo (Asturias)

LOS DOS JOROBADOS

Hace muchos años, en un hermoso pueblo de Cantabria vivían dos amigos, ambos leñadores y trabajadores de la madera, ambos jorobados debido al peso de los años de dura labor a sus espaldas. Se llamaban Félix y Antón, y eran conocidos en todo el pueblo por su simpatía y alegre presencia en las fiestas del pueblo. Sin embargo, Félix siempre había sido el más débil, y el que comúnmente se quejaba más de su deformidad. Antón, en cambio, no le preocupaba mucho su aspecto físico, pero sí le importaba progresar en su oficio y dejar de ser un pobre y triste leñador.

Ocurrió una noche que Félix regresaba tranquilamente de una tarde aplicándose a un viejo roble en mitad del bosque que a punto de caerse estaba, cuando escuchó un ruido de danzas y festejos a un lado del camino, oculto entre los frondosos árboles. La curiosidad pudo más que la precaución en el joven leñador y se adentró en la maleza con el fin de descubrir quienes eran aquellos que tan buen momento estaban pasando.

Cuando salió a un claro rodeado por un anillo de árboles que dejaban una hermosa vista hacia el cielo estrellado, descubrió los causantes de tanta alegría. Alrededor de una elaborada fogata que a su vez tenía numerosos barriles de cerveza y platos con víveres horneados en torno, danzaban un montón de pequeños duendes, vestidos con ropas sencillas y largas barbas, además de tener cada uno un cuerno con bebida en la mano y un instrumento con el que entonaban melodiosas sinfonías y bailaban como si fuese el día más especial de todos los del año.

Félix se quedó paralizado al descubrir aquel escondrijo, y lo mismo hicieron los duendes, quienes al instante detuvieron los festejos y rodearon al pobre leñador con caras de pocos amigos.

-¡Un intruso! -exclamó uno.

-¡Ha descubierto nuestro escondrijo! -clamó otro.

El pobre Félix sólo se atrevió a tartamudear excusas y disculpas, alegando que él sólo había visto la fogata y había ido a ver qué era lo que se celebraba. Entonces, uno de los duendes más viejos y sabios, echando a Félix una mirada evaluadora, le preguntó:

-¿Sabes tocar algún instrumento?

-Sí -respondió Félix temeroso a pesar de que parecía que los duendes se habían tranquilizado-, la flauta. Pero ahora mismo no tengo la mía aquí.

-No importa -replicó el duende viejo-, tenemos muchas aquí. Si nos tocas alguna melodía para que bailemos, te dejaremos marchar sano y salvo, y si además es una canción especialmente animada y bonita, te llevarás un regalo de los gnomos.

Félix aceptó encantado de tener una solución en la que no saliese perjudicado, y cogió la flauta que le entregaron los duendes, y comenzó tocando una coplilla que había aprendido de pequeño, muy alegre y animada, con lo que los pequeños seres, entusiasmados, se pusieron a bailar y a inventarse letras que fuesen con la canción, mientras bebían y comían bajo la luz de las estrellas.

Estuvieron así durante mucho tiempo, en el que Félix no dejó de tocar ni un segundo. Cuando terminaron, el pobre leñador estaba al borde del desaliento, y se sentó mientras los duendes le llenaban las manos de cuernos con cerveza y platos con viandas. Hasta que el más viejo se le acercó y le dijo sonriente:

-Has cumplido bien lo que se te había pedido, y estamos encantados contigo -todos los duendes aplaudieron y vitorearon-. ¿Qué es lo que deseas de nosotros? Podemos ofrecerte riquezas miles, que es comúnmente lo que todos los hombres desean. Aunque si prefieres alguna otra cosa, recuerda que los duendes somos maestros de la magia.

Félix lo pensó durante unos instantes, y se decidió por algo que llevaba deseando desde que le había aparecido. Una luz de esperanza en la oscuridad se le abrió colocando una esplendorosa sonrisa en su rostro.

-Si pudieseis hacer desaparecer la joroba que llevo tantos años arrastrando -pidió-, me convertiríais en el hombre más feliz de la tierra.

Los duendes aceptaron encantados, pues aquel era uno de los pocos hombres que había rechazado la enorme cantidad de dinero que se le ofrecía. La joroba desapareció de la espalda de Félix, y este, erguido y con un incesante movimiento de hombros, dio miles de gracias a los duendes y desapareció corriendo en dirección al pueblo, saltando y rodando por el camino alguna que otra vez.

Al llegar al poblado se encontró con su amigo Antón, afanándose en ordenar su recolección de aquella tarde en el bosque. Al ver a Félix caminar erguido y feliz, se quedó poco más que boquiabierto. Inmediatamente le interrogó:

-¿Amigo, qué ha sido de tu joroba?

Félix le contó toda la historia con pelos y señales, incluyendo cómo había rechazado la fortuna que los duendes le ofrecían a cambio de perder su molesta acompañante. Antón lo increpó cuando su amigo terminó el relato:

-Me parece que has actuado un poco inconscientemente, Félix. Si tenías a tu alcance montones de dinero, deberías haberlos cogido para dejar de ser leñador de una vez. ¿Qué más daba ser jorobado? La vida te habría sonreído de todas formas.

Félix no le hizo caso, alegando que estaba contento tal como había quedado y que el dinero sí que no le importaba. A continuación se fue con paso alegre, dejando a Antón pensativo.

"Si yo fuese donde los duendes y tocase mi lira para ellos, quizá pueda conseguir la fortuna que mi amigo rechazó."

A la noche siguiente, Antón se dirigió corriendo hacia el bosque, y buscó la zona donde Félix le había indicado que se encontraban los duendes, encontrándolos después de un momento.

Los duendes, que seguían festejando como si fuese el último día de su vida, se asombraron de ver a un nuevo jorobado aparecer en su escondite secreto con una dilatada sonrisa. Se apresuraron a rodearlo y a inundarlo de preguntas.

-No os preocupéis, amigos -se explicó Antón alzando las manos-. Simplemente mi amigo me habló de este sitio y estas celebraciones, y he venido a ver si podía unirme a vosotros. Traigo una lira, un instrumento en el que tengo experiencia, y con el que tal vez pueda animaros un poco.

Los duendes aceptaron, y la música prosiguió. El recién llegado tocó con su lira una alegre melodía, llena de tonos elevados y ritmo, por lo que los habitantes del bosque no tardaron en inventarse letras y animar al músico con bebida y comida.

Varios minutos después, la melodía terminó, y todos descansaron exhaustos de tanto bailar. A continuación, como Antón había previsto, le preguntaron cuál era el regalo que deseaba a cambio del alegre momento que les había otorgado.

-Veréis -les dijo-. La verdad es que me gustaría recibir lo que mi amigo no quiso tener.

Los duendes aceptaron, y, acto seguido, una segunda joroba apareció en la espalda de Antón. Éste, perplejo, observó cómo los pequeños seres desaparecían entre risas, dejándolo solo y triste, pues se dio cuenta al momento de que los duendes habían cumplido su deseo y le habían dado precisamente lo que Félix no había querido tener. La avaricia le había jugado una mala pasada, y ahora como castigo debía arrastrar aquella segunda deformidad el resto de su vida.

C. C. Sch., 23
Alcalá de Henares (Madrid)

VERSO

REFRANES

Los refranes, que forman parte de nuestra vida, son frases típicas que mucha gente ha oído y que curiosamente siempre tienen algo de razón en todo a lo que se refieren. Aquí reflejo algunos de los que más me gustaron, porque eran bastante diferentes de los que normalmente se cuentan en las familias.

"Casamiento y mortaja del cielo bajan."

V. Á. L., 78
León (Castilla y León)

"Cada mochuelo a su olivo y que cada perro se lama su cipote."

S. C., 50
Magaña (Castilla y León)

"Un hombre no puede enamorarse de una mujer que no le atraiga sexualmente"

J. Sch. C., 54
Madrid (Madrid)

"Pan con pan, comida de tontos."

"A quien madruga Dios le ayuda."

"Secretitos en reunión son de mala educación."

"Veremos, dijo el ciego."

"Baja, Modesto, que sube..."

"Más vale pájaro en mano que ciento volando."

"Del dicho al hecho hay mucho trecho."

"Por el interés te quiero, Andrés."

C. Sch. C., 45
Bruselas (Bélgica)

"Seré bravo y fiero como el león en el campo de batalla. Nunca se sabrá de mis hazañas por mis propios labios."

"El hombre es el único animal que mea contra el viento para que las hembras no le vean la picha."

"Los hombres follan por la vista y las mujeres por el oído."

J. C. Á., 50
Oviedo (Asturias)

"El pesimista se queja del viento, el optimista espera que cambie, el realista ajusta las velas."

J. C., 52
Barcelona (Cataluña)

"Tetas que manos no cubren no son tetas sino ubres."
"Si pesa más que un pollo me la follo."
"Con paciencia y con saliva se la metió el elefante a la hormiga."
"Dos tetas tiran más que dos carretas."
"Ninguna mujer es fea por el agujero por donde mea."

J. B. P., 20
Madrid (Madrid)

CHISTES

Algunos de los chistes que más gracia me han hecho en la vida.

Una pareja está en la cama haciendo el amor, sin saber que la chica está embarazada. Pasa el tiempo y llega el parto. Sale el niño y en cuanto sale grita:

-¿Quién es mi padre?
-¡Yo, hijo! -exclama el padre.
El niño le escupe en el ojo y grita:
-¿A que jode, cabrón?

A. L., 27
Madrid (Madrid)

Era una iglesia tan lejana, tan lejana que no iba ni Dios.

F. C., 18
Alcalá de Henares (Madrid)

¿Cómo se dice espejo en chino?
¡Chi choi yo!

G. G., 29
Cuenca (Castilla-La Mancha)

Van dos ratones borrachos por una autopista, cuando uno le dice al otro:

-¿Sabes que yo soy Superratón?
-¡Venga ya! -le dice el otro-. ¿Qué vas a ser tú Superratón?
-¡Ya lo verás! Con mis superpoderes voy a hacer que ese camión se pare.
Se pone en mitad de la carretera, mientras un tráiler de 100 toneladas se acerca a él a toda velocidad. El ratón estira la mano y se concentra. Entonces el camión, a sólo un par de metros del ratón, pincha una rueda y se detiene en seco.
-¡Hala! -grita el amigo ratón-. ¡Es verdad!
El conductor del camión sale de la cabina e inspecciona la rueda pinchada.

-¡Joder! -se queja-. Tendré que sacar el gato.
-¡Eeey! -grita el ratón-. ¡No me vaciles, que te lo vuelco!

A. A. E., 17
Toledo (Castilla-La Mancha)

Hay tres almirantes en un crucero de guerra, un inglés, un alemán y un español. El inglés empieza a chulearse:

-¡Yes! Because los ingleses tenemos a lot of cojones. We are los más valientes.
Los demás no lo creen.

-Ya veréis you. A ver, ¡Smith! ¡Come here!

Llega el marinero Smith, barbudo y vestido a rayas.

-Tírate al water y sácame one tiburón -ordena el almirante.

Smith obedece y se tira de cabeza al mar. Está un rato nadando y chapoteando, y vuelve a cubierta con un tiburón en la chepa.

-¡Bah! -dice el almirante alemán-. Eso no es nada. Mi gente sí que tiene los mejorres cojones, los más grrandes. Ya verréis. A ver, ¡Hans! ¡Ven!

Se acerca el marinero Hans, rubio y con boina negra.

-Tírrate al agua y sácame dos tiburones.

Hans obedece ciegamente y se lanza ciegamente. Pelea durante un rato y vuelve con un tiburón en cada brazo.

-¡Pse! -exlcama el almirante español-. Eso es una mierda. Mis paisanos sí que tienen los mejores cojones del mundo. Ya lo veréis. A ver, ¡Regúlez! ¡Tira p'acá!

Llega Regúlez, con el piti en la boca y la mano en la entrepierna.

-Tírate al agua y sácame tres tiburones.

Regúlez se saca el cigarro de la boca y dice:

-Mi almirante, con todo el respeto, los tiburones se los va a sacar su puta madre.

-¡Qué! ¿Tiene o no tiene cojones mi gente?

B. C. Á., 45
Zaragoza (Aragón)

Va el conductor de un camión de donuts tan tranquilo por la calzada cuando se le cruza de pronto una moto roja, obligándolo a detenerse. El camionero se baja de la cabina y mira al motorista, que baja de la moto, y va vestido con casco rojo, chupa roja, pantalones rojos y botas rojas.

-¿Sabes quién soy? -pregunta el motorista.

-No sé -contesta el camionero-. ¿Del departamento de bomberos?

-¡No! Soy el Capullo de Rojo. Y como no me des un donut no te dejo pasar.

El camionero se lo da y el Capullo de Rojo se marcha. El camionero prosigue tranquilo su camino hasta que se le cruza una moto amarilla, y se le pone delante. El camionero, mosqueado, se baja y se acerca al motorista, que viste casco amarillo, chupa amarilla y botas amarillas.

-¿Sabes quién soy? -pregunta el motorista.

-No. ¿De correos?

-¡No! Soy el Capullo de Amarillo. Y como no me des dos donuts no te dejo pasar.

El camionero se los da y continúa su viaje, ya más cabreado. Después de un rato, se le pone delante una moto verde. El camionero, furioso, se baja y se acerca al motorista, que viste todo de verde.

-¿Sabes quien soy?

-¡Sí, eres el Capullo de Verde, y como no te de tres donuts no me dejas pasar!
-¡Pues hala, al cuartelillo y me lo cuentas!

A. A. E., 17
Toledo (Castilla-La Mancha)

Dos amigas rubias se compran cada una un hámster, y los meten en una jaula juntos.

-¿Cómo vamos a saber cuál es el tuyo y cuál el mío? -pregunta una.

-Muy fácil -dice la otra-. Le cortamos una pata al mío y así sabremos cuál es de cuál.

Lo hacen, y dejan a uno manco. Por la noche, el hámster cojo se venga y le corta una pata a su compañero. Al día siguiente, las rubias se encuentran con dos hamsters mancos, y vuelve el problema.

-¿Y ahora qué hacemos?

-Pues al mío le cortamos otra pata y tan panchas.

Lo hacen, pero por la noche se vuelve a repetir lo mismo, por lo que al día siguiente a los dos animales les faltan dos patas.

-¿Y ahora?

-Pues al mío le cortamos una tercera pata y así los distinguiremos.

Pero vuelve a suceder lo mismo, el hámster con una sola pata le arranca otra pata a su compañero. Las rubias vuelven a indagar.

-¿Cómo lo solucionaremos ahora?

-Pues mira, le cortamos la última pata al mío y el que no tenga patas sabremos que es el mío.

Lo hacen, y por la noche, el hámster sin patas le muerde la pata a su compañero hasta que se la arranca, para estar los dos iguales. Las rubias los ven al día siguiente y se preocupan aún más.

-¿Y ahora cómo los distinguiremos?

-Bueno, mira, lo haremos así. El blanco es tuyo y el negro es mío.

J. B. P., 20
Madrid (Madrid)

¿Cómo se dice en africano: "El abuelo murió de una indigestión de gambas"?
Gamba Chunga Yayo Tumba

Anónimo

Esto era una iglesia en la que siempre iba el mismo número de personas, por lo que el cura siempre tenía el mismo número de obleas para cada domingo, una para cada uno. Sucedió un día que una señora mayor llegó de visita al pueblo y fue a misa, por lo que el cura se encontró en un aprieto porque le faltaba una hostia. Rápidamente, cortó un trozo de cuero, lo pintó de blanco y lo metió en el cáliz con el resto de los panes.

Los creyentes fueron pasando uno por uno recibiendo su hostia, hasta que le llegó a la anciana nueva, a quien el cura metió la oblea de cuero en la boca. La señora lo estuvo masticando un rato, extrañada, y se volvió hacia el cura.

-Oiga, *pater* -le preguntó-. Esto que me ha dado, ¿qué es?

-Por favor, señora -se escandalizó el cura-, menuda pregunta. Es el Cuerpo de Cristo.

-¡Ah! Pues debe haberme dado la polla, porque cuanto más lo chupo más duro se pone.

J. B. P., 20
Madrid (Madrid)

Van un oso y una hormiga andando tranquilamente, cuando de pronto se encuentran una lámpara mágica. La frotan y sale un genio, que les dice:

-Os concedo 3 deseos a cada uno.

El oso, entusiasmado, dice:

-Quiero que todos los osos del bosque sean hembras.

El genio se lo concede y le pregunta a la hormiga, que comienza a reírse por lo bajo.

-Yo quiero un casco -dice.

El oso vuelve y declara:

-Quiero que todos los osos del país sean hembras.

La hormiga dice:

-Yo quiero una moto.

Llegan al tercer deseo y el oso, sudando, grita:

-¡Quiero que todos los osos del mundo sean hembras!

Se lo concede y le toca a la hormiga. Ésta se pone el casco, se sube en la moto, arranca, acelera, y mientras se aleja a toda leche grita:

-¡Yo quiero que el oso sea gay!

J. C. Sch., 13
Alcalá de Henares (Madrid)

CANCIONES

CANCIONES MILITARES

Todas estas divertidas y memorables canciones me las enseñó mi padre cuando lo acompañaba de maniobras. Ninguna de ellas está escrita en ningún lugar, forman parte del ideario paracaidista que siempre llevan consigo los militares.

TOMAR TÉ

No puedo tomar café,
el café me quita el sueño.

Solo puedo tomar té
pues tomando té me duermo.

La otra noche té tomé
y que bien me lo pasé.

Estaría todo el día,
estaría todo el día,
tomando té, tomando té;
estaría todo el día,
estaría todo el día,
tomando té, tomando té.

El doctor que a mi me ve
dice que lo que me pasa
sólo se me pasará
cuando té tome en la cama.

La otra noche té tomé

y que bien me lo pasé.
Estaría todo el día,
estaría todo el día,
tomando té, tomando té;
estaría todo el día,
estaría todo el día,
tomando té, tomando té.

J. C. Á., 50
Oviedo (Asturias)

EL VINO DE MI TIERRA

Viva el vino de mi tierra
"porropompompompom"
que a los muertos resucita
"pompompom"
viva la fuerza que tiene un novio paracaidista.
"porroporompompom"
"porroporompompompom"
Un novio paracaidista
porque somos los más machos,
que bebemos vino tinto y nos tiramos de lo alto.
Nos tiramos de lo alto
sin tener miedo a la muerte,
si la seda no se abre vaya torta que te metes.
Pero la seda se ha abierto
y hasta el suelo hemos llegado,
y felices y contentos un rokiski hemos ganado.
Un rokiski hemos ganado
porque somos los más machos,
que bebemos vino tinto y nos tiramos de lo alto.
Niñas idas por el campo
no piséis las margaritas,
que están regadas con sangre del Tercio Paracaidista.
Tengo un hermano en el tercio
y el tercero en regionales,
y yo que soy el del medio soy Legionario del Aire.

J. C. Á., 50
Oviedo (Asturias)

ÁBREME LA PUERTA, LOLA

Soldadito, soldadito,
¿por qué tienes tanta pena?
Es que me he casado ayer
y hoy me envían a la guerra.
¿Tan guapa es tu mujer
que te quieres ir con ella?
Si ustedes la quieren ver

la llevo aquí en la cartera.
Sacó la fotografía
para que todos la vieran,
y el capitán que la vio
clavó sus ojos en ella.
Soldadito, soldadito
ya te puedes ir con ella
que por tu guapa mujer
hoy te has librao de la guerra.
Ábreme la puerta, Lola,
ábreme la puerta, Estrella.
La puerta no te la abro,
mi marido está en la guerra.
Ábreme la puerta, Lola,
ábreme la puerta, Estrella.
Que por tu cara bonita
hoy me he librao de la guerra.

Anónimo

CANCIONES DE NIÑOS

Son canciones mundialmente conocidas que todas las madres cantan a sus hijos. En mi caso, pongo la primera persona que me la cantó cuando yo no era nada más que un bebé.

EL CORRO DE LA PATATA

Al corro de la patata,
comeremos ensalada
lo que comen los señores
patatitas y limones.
Achupé, achupé,
sentadito me quedé.

C. C. Sch., 23
Alcalá de Henares (Madrid)

PALMAS PALMITAS

Palmas, palmitas
higos y castañitas
azúcar y limón
para el niño son.

C. Sch. C., 45
Bruselas (Bélgica)

MI BARBA

Mi barba tiene tres pelos,
tres pelos tiene mi barba.
Si no tuviera tres pelos

ya no sería una barba.

C. C. Sch., 23
Alcalá de Henares (Madrid)

LAS CABRAS DE JUAN CARNERO

Las cabras de Juan Carnero
van por aquel sendero,
unas vestidas de blanco
y otras vestidas de negro.

A. B. C. Sch., 21
Alcalá de Henares (Madrid)

CANCIONES DE COLEGIO

Canciones que aprendí en el CP Ciudad del Aire, donde estuve toda mi infancia, y que normalmente cantábamos en el patio o en clase cuando el profesor se iba. En mi caso señalo la primera persona a la que lo oí cantar.

EL TALLARÍN

Yo tengo un tallarín,
y otro tallarín
que se mueve por aquí,
que se mueve por acá;
todo rebozado,
con un poco de aceite,
con un poco de sal;
y te lo comes tú
y sales a bailar.

S. A., 19
Madrid (Madrid)

EL TIBURÓN

Tiburón, tiburón,
tiburón a la vista, bañista.
Que el tiburón
quiere comer
de mi pellejo,
no va a poder.
Sal de la cama, mujer,
y ven conmigo a bailar.
Que el tiburón
quiere comer
de mi pellejo,
no va a poder.

S. A., 19

EL CONEJO DE LA SUERTE

Ahí va
el conejo de la suerte,
haciendo reverencias
con su cara de inocencia.
Tú besarás al chico
o a la chica
que te guste más.

Anónimo

PINTO PINTO

Pinto, pinto,
gorgorito.
Saca la mano
de veinticinco.
En qué ciudad,
en Portugal.
En qué calleja,
la moraleja.
Saca la mano
que viene la vieja.
Pinocho se comió
un bizcocho
a las ocho:
uno, dos, tres, cuatro,
cinco, seis, siete, ocho.

J. C. Á., 50
Oviedo (Asturias)

PINOCHO

Pinocho fue a pescar
al río Guadalquivir,
se le cayó la caña
y pescó con la nariz.
Cuando llegó a su casa
nadie le conocía.
Tenía la nariz
más larga que un tranvía.
Su padre toca el bombo,
su madre los platillos,
y al pobre Pinochito
se le caen los calzoncillos.

Anónimo

LOS HERMANOS PINZONES (VERSIÓN SUAVE)

Los hermanos Pinzones
eran unos marineros
que se fueron con Colón,
que era otro marinero.
Y se fueron a Calcuta
en busca de nuevas rutas.
Y a los indios milmidones
les cortaron la retirada.
Y a las indias pizpiretas
les cortaron las dos trenzas.

Anónimo

CANCIONES DE COLEGIO (FUERTES)

En lo referente a estas canciones, me es imposible recordar quién fue el primer chico de clase que la cantó. Fueron canciones que alguno se debía inventar en su casa en vez de hacer los deberes, y pasarse de boca en boca hasta casi cantarse en los recreos como himnos.

LA SELVA TROPICAL

En la selva tropical había un gigante
"Oe, oe, oe oe oe"
Que quería dar por culo a un elefante
"Oe, oe, oe oe oe"
El elefante, que no era su oficio
"Oe, oe, oe oe oe"
Con la trompa se tapaba el orificio
"Oe, oe, oe oe oe"
Los leones, que eran unos maricones
"Oe, oe, oe oe oe"
Con las garras se rascaban los cojones
"Oe, oe, oe oe oe"
Y los monos que se estaban divizando
"Oe, oe, oe oe oe"
Con la izquierda se la estaban meneando
"Oe, oe, oe oe oe"

Anónimo

LOS HERMANOS PINZONES (VERSIÓN FUERTE)

Los hermanos Pinzones
eran unos maricones
que se fueron con Colón,
que era otro maricón.
Y se fueron a Calcuta
en busca de nuevas putas.

Y a los indios milmidones
les cortaron los cojones.
Y a las indias pizpiretas
les cortaron todas las tetas.

Anónimo

LA VIDA PIRATA

La vida pirata es la vida mejor,
sin trabajar,
sin estudiar,
oooooh, la botella de ron.
Mirad a esa rubia que va por ahí.
Qué buena que está,
me la voy a tirar,
oooooh, la botella de ron.

Anónimo

QUE TE DEN POR CULO

Iba por la calle,
se me cayó un duro,
fui a recogerlo
y me dieron por el culo.
¡Qué te den por culo, maricón,
hijoputa, so cabrón!

Anónimo